

El espejo gitano

David Felipe Farfán Rodríguez



Capítulo 1

EL ESPEJO GITANO

Al fondo del ancho y sucio callejón, se celebraba un pequeño carnaval que sacudía cada centímetro de la cuadra que lo rodeaba. Los sonidos de alegres cantos, risotadas, chiflidos e instrumentos toscamente afinados emanaban desde el otro lado de la apertura callejera, llamando la atención de todos los que pasaban por ahí, aunque, a pesar de todo el gozo que llegaba a transmitir la clandestina celebración, la comprimida fiesta no brillaba particularmente con agrado ante los ojos de la comunidad.

Los refinados caballeros, de sombrero de copa y bastón en mano, solían sacudir sus alisados bigotes con desprecio cada vez que las melodías de violín y panderos les alcanzaban los oídos. Las damas por su parte, adornadas con sus arreglos de plumas y guantes de seda, hacían todo lo posible por evitar cruzarse con cualquier ruta que terminara llevando hasta las deplorables cercanías del callejón.

“Son gitanos...” susurraba con desagrado el común palabrerío cada vez que la festiva caravana de carromatos entraba en la ciudad acompañada de sus tamborileos y jolgorios que retumbaban desde los muelles hasta las iluminadas mansiones en las colinas.

Al igual que en muchos poblados de aquella época, en esta ciudad solía catalogarse a los gitanos como bandidos, pillos, charlatanes e incluso se les apodaba con peores denominaciones, probablemente a raíz de su cultura nómada, de su escandalosa forma de ser o de su descomplicado estilo de vida, la verdad es que cuando un odio se prolonga sobre las épocas es muy difícil recordar y justificar la razón de este. Aun así, lo cierto era que las supuestas personas de bien, medidas por el tamaño de sus carteras, no podían sentir mayor descontento cada vez que por sus calles asomaba el más leve vestigio de actividad gitana, a tal punto, que terminaron desplazando semejante demostración de talentos, misterios y espectacularidades, al callejón que solía ser hogar de vagos, gatos callejeros y uno que otro espanto.

A pesar de las constantes advertencias de la comunidad y del acelerado juicio que podría cernirse sobre él, el joven John Francis Blackwood, de los Blackwood de High Hills Road, no pudo evitar sentirse poderosamente atraído por los misterios que ocultaba el pueblo gitano en sus baúles y los fantásticos tesoros que habían acumulado en sus viajes.

Cualquiera que conociera al impertinente de John Blackwood, podría asegurar que la curiosidad era, por lejos, el menor de sus defectos, claro si es que podemos calificar de error el ser curioso. John solía ser mentiroso, manipulador y un ávido embaucador, había hecho uso del buen nombre de su padre, el honrado Arthur Blackwood, para zafarse de más de un lío; era común verle saltar entre tabernas y burdeles con tanta frecuencia que podría llegar a considerársele como parte del inmueble de aquellos antros. El aliento siempre le olía a licor y la ropa destilaba la fragancia de tabaco extranjero, pasaba de cualquier lectura más larga de una página y el largo proceso de aprendizaje que requería ser el digno sucesor de su padre le generaba tanto repudio como la mera idea de madrugar. A pesar de esto, el joven daba por sentado que sería él, y no su hermano, quien heredaría el grueso de la fortuna familiar, pero, de no ser ese el caso, cosa poco probable a su juicio, John Blackwood contaba con un sólido plan B, y ese plan tenía nombre propio, Emily Giddens, la única hija de la familia con mayor número de barcos balleneros anotados a su propiedad. Si por casualidad, su anciano padre consideraba beneficiar a su hermano menor por encima de él, bien podría aferrarse cual parásito a la fortuna de la compañía pesquera Giddens, con matrimonio de por medio por supuesto.

Una vez terminada la hora del té, el joven John montó en un redondeado coche de cubierta lustrada y ordenó que se le llevara directamente hacia las proximidades del infame callejón. A medida que las altas ruedas de madera rodaban sobre el empedrado, John Blackwood no podía evitar preguntarse si todo esos cuentos, que solían pasar de boca en boca, llegaban a tener algo de veracidad, se cuestionaba si era posible contactar con espíritus, desaparecer en una nube de humo o robar a alguien con apenas un roce. Su mente se perdió entre ideas, fantasías y suposiciones de tal manera que el recorrido, que tardó una hora y veinte minutos en completarse, le pareció haberse desarrollado en un suspiro. La portezuela del coche se abrió con un afanado sopetón mientras el vaho que emanaba de los labios de John se hacía ligeramente transparente frente a su nariz. El regordete cochero esperó en su puesto, escrutando cada centímetro de sus cercanías con ojo vigilante.

Ante ellos, se presentaba un quiebre en la continuidad de los muros, un desarreglado paso que daba callejón adentro. John Blackwood sonrió con cierta arrogancia y tras ajustar los botones de su fino abrigo, caminó hacia el frente, dejando tras de sí el escudo familiar que se marcaba en el coche, y se adentró, aparentemente sin temor, en el interior de aquella garganta de ladrillos.

Lo primero que encontró fue un trío de ratas que se escabullían entre verduras podridas, más adelante le pareció ver como una sombra se desvanecía entre las baldosas y muy cerca del fondo, se topó con dos marineros tan ebrios como se puede estar en tierra firme. Luego de evitar el contacto con los hombres de alta mar, John Blackwood se tropezó con

el improvisado carnaval que tenía lugar en el amplio callejón repleto de velos de seda colorida, rocas preciosas que centellaban en el aire y un animoso conjunto de bailarines que giraban con veloz gracia al compás de los violines, las flautas y los cantos. Los negruzcos ojos de John se abrieron con emoción mientras un regocijado destello brincaba de estos. Su rostro se agració más de lo normal a medida que una amplia sonrisa se dibujaba en su boca, cosa que no pasó desapercibido a los ojos de los astutos gitanos quienes al ver el elegante porte del joven, muy propio de los caballeros de alta cuna, de inmediato comenzaron a ofrecerle un sinfín de productos tan exóticos como especiales.

Ante él, se extendieron manos con joyas multicolores, tapetes que parecían desafiar el viento, cristales que cambiaban de forma cada tres minutos, naipes que se jugaban solos y una anciana, reclinada en su mecedora y con un engordado gato negro en su regazo, le aseguró poder ver el pasado de las cosas con su ojo izquierdo. Sin embargo, tanto barullo, trova y festejo, acompañado con el sin fin de ofertas, terminaron saturando la atención del joven Blackwood, quien antes de darse cuenta, había encaminado sus pasos a la esquina más apartada, más sucia y más oscura de todo el callejón. John apaciguaba las ofertas y respondía a los coquetos guiños con corteses sonrisas que no fueron correspondidas como a él le gustaría, pues los demás gitanos, al ver hacia donde se había dirigido el potencial cliente, dieron un paso atrás y arquearon sus gestos con temor, cosa que John notó rápidamente. Giró sobre sus talones y al darle la espalda al resto de la caravana gitana, encontró, con fría sorpresa, una figura sombría que, según él, antes no estaba allí.

Era un anciano, de greñuda cabellera y larga barba esponjosa despuntada en largas fibras canas. Su piel era grisácea y seca, como si estuviera hecha de polvo o ceniza, mientras que sus ojos, centelleantes, con un tono amarillento, resaltaban por sobre unas cuencas profundas oscurecidas por ojeras amplias.

John no pudo, aunque intentó, evitar cambiar su falsa expresión de gentileza por una sorpresiva mueca de sobresalto y repudio.

–Pase joven Blackwood... -Dijo el anciano con voz rasposa y amarga, mientras clavaba sus felinos ojos en el blanquecino rostro de John. –Pase, pase y conozca las grandes maravillas que oculta el mundo entre sus sombras...

El joven Blackwood no se mostró tan sorprendido al percatarse que el macabro anciano conocía su nombre, como si lo hizo al ver la amplia, torcida y verdosa sonrisa que el hombre de aspecto decrepito le ofrecía.

Su nombre era Quirón y su origen se remontaba a la antigua Grecia, aunque no con exactitud. Muchas eran las historias que se contaban sobre él, algunas ciertamente falsas, otras, las más tenebrosas, no tanto. Había

vivido por una cantidad indeterminada de siglos y viajado por un número desconocido de países; su nombre se había convertido en un mal augurio mientras que su presencia era evitada por cualquiera que se percatara de esta. Antaño, se sabía de una familia de gitanos, que habitó a las afueras de París por un tiempo, y encontró en sus días la compañía del viejo Quirón. A causa de esto, los niños enfermaron, los animales murieron y todo alimento que se conservara por más de un día terminaba pudriéndose por completo. Artos de semejante situación, y dejando de lado el temor que el anciano les inspiraba, los demás gitanos intentaron ponerle fin a la vida de Quirón, envenenado su vino y clavando en su pecho un juego de afiladas dagas. Pero nada parecía afectar al anciano, quien, como si bebiera agua, terminó su vino con placer mientras las heridas en su cuerpo se cerraban con antinaturalidad. Siete veces intentaron deshacerse del viejo Quirón, sin éxito alguno, sus armas parecían no herirlo y sus venenos eran como jugos para él. Sin embargo y a pesar de que ningún atentado contra su persona conseguía vulnerarlo, Quirón se tomó a ofensa las acciones de sus atacantes, fue por eso que, para martirio de aquellos gitanos, el anciano escogió quedarse con ellos, hasta que el sol se enfriara y las estrellas murieran. Así, generación tras generación, los gitanos tuvieron que soportar la escalofriante compañía del viejo Quirón, viendo como pobres incautos caían bajo los encantos de sus ofertas y el hechizo de su voz.

-¿Cómo dice? -Preguntó John Blackwood luego de carraspear un poco.

-Lo que le ofrezco... -Agregó Quirón mientras dibujaba un arco invisible con sus manos sobre un trapo carmesí que había aparecido entre los dos. -Son productos que ningún comerciante podrá enseñarle y objetos que ni el más arriesgado arqueólogo podría encontrar. Sólo yo los poseo, sólo yo los vendo...

Entonces, a medida que las arrugadas y huesudas manos del anciano se movían en aquel marcado arco, comenzaron a materializarse decenas de objetos brillantes y de peculiar hermosura, trasmutados al parecer del aire mismo. Había anillos con gemas incrustadas que se movían como ojos, cadenas de oro que serpenteaban cual víboras, navajas de plata pura que despedían vapores helados, un reloj de arena en cuyo interior retrocedían los granos en vez de caer uno por uno y al final de la fila, pasando por alto otros tantos objetos peculiares, resaltaba a la vista un espejo, uno ornamentado con cobre opaco que sobresalía entre las tiaras, las candongas y las cajitas de marfil. John Blackwood se inclinó sutilmente fijando sus oscuros ojos en el reflejo del cristal.

-Ah, ya veo... -Dijo Quirón mientras con un chasquido de dedos hacía desaparecer el resto de su mercancía. -Le llama la atención el espejo...

-Es hermoso... -Susurró John Blackwood mientras imaginaba al ornamento

del espejo haciendo juego con el detallado tapiz de su habitación.

Por supuesto, John era famoso por su charlatanería y su hinchado ego, pero si había algo que se había convertido en sinónimo de su nombre era el narcisismo. En ausencia de su padre, el joven Blackwood había saturado las salas de High Hills Road con espejos de variados tamaños y reemplazado la vajilla de porcelana de su madre por una de plata, una lo suficientemente pulida como para poder ver su encantadora sonrisa en cada cucharada. Fue por este motivo en particular que terminó seducido ante tan enigmático artículo sobre el cual, por algún motivo ajeno a lo común, su rostro parecía verse más bello de lo normal.

-Su valor no se limita a la hermosura de su fabricación... -Explicó el viejo Quirón. -Su valor va más allá del de cualquier otro espejo.

-Explíquese... -Exigió John Blackwood mientras se enderezaba con un aire aristocrático.

El viejo Quirón sonrió nuevamente, de una forma incluso más asquerosa que la anterior. Extendió sus brazos hacia el espejo con pausada calma y tras atraparlo entre sus esqueléticos dedos, se lo ofreció a John Blackwood con interés.

-Este espejo... -Aclaró Quirón. -Más allá de la función de cualquier otro, le puede enseñar en su reflejo una pizca de su futuro, aunque no siempre...

-Me temo señor que no le entiendo... -Dijo John Blackwood con aires de desdén mientras recibía el espejo.

-El espejo le mostrará una verdad y una mentira sobre su futuro. -Sentenció Quirón con los dientes apretados. -Más allá de su reflejo, verá algo que será una posibilidad y otra que será un hecho...

John Blackwood frunció el seño, incrédulo, mientras sobaba la fría superficie del ornamentado espejo con sus pulgares. Le sostuvo la mirada al anciano por un momento, con cierto temor eso sí, y tras meditarlo por un rato, consideró que la habladuría respecto a la pieza no le restaba belleza ni valor. El joven entonces meneó la cabeza ligeramente y mandó la mano hacia el bolsillo de su abrigo, en busca de su billetera, pero el gesto de negación del viejo gitano lo detuvo en seco.

"No acepto billetes ni monedas como pago" mencionó Quirón con cierto desprecio en su voz.

-Si no es con dinero, entonces, ¿Con qué le pagaré? -Preguntó el joven Blackwood, a lo que el viejo Quirón respondió con otra de sus aterradoras

sonrisas y con sus manos extendidas.

-Un trozo de papel... -Dijo él con su rasposa voz. -Deme un trozo de papel y yo escribiré en este aquello que tomaré por pago...

John, por supuesto, desconfió de aquella propuesta tan peculiar, darle un trozo de papel en blanco para que el anciano pidiera lo que quisiera era tan arriesgado como darle su cartera. Pero, al recordar las palabras cruzadas entre los dos, aclaró en su mente la idea de que aquel viejo gitano aborrecía el dinero por lo que, sin importar lo que él escribiera en el papel, no lograría poner en riesgo sus finanzas. Fue así que, convencido de que era él quien se aprovechaba de Quirón y no al contrario, el joven Blackwood sacó una pequeña libreta de su bolsillo y arrancó de esta una tira de página. La alisó con la yema de sus dedos y se la entregó al viejo gitano sin apartar la mirada de las alargadas uñas de Quirón. El anciano enseñó sus torcidos dientes con una nueva sonrisa y acercó el pedazo de papel hacia sus quebrados labios con afanoso interés. Murmuró algo inentendible al habla humana y luego soltó un ligero soplo sobre su recompensa haciendo que, para el claro asombro de John Blackwood, empezara a materializarse un hilo de tinta, oscura como la noche, que onduló sobre el papel como la corriente de un río. Lentamente, los movimientos de aquel chorrillo negro comenzaron a tomar forma de una palabra iniciada en "C" que se escapó a la vista del Blackwood.

-Pues bien... -Dijo el viejo gitano mientras se acurrucaba sobre su abdomen y ocultaba el papel entre sus palmas. -Usted tiene su compra, y yo tengo mi paga...

Las manos de Quirón se sacudieron como quien le indica a una visita indeseada que es momento de marcharse, cosa que a John no le agradó del todo, más se reservó sus comentarios, por primera vez en su vida; si hubiera sido otro el caso, no habría dudado en hacer uso del peso de su apellido para intimidar al irrespetuoso.

-De ser cierta su oferta... -Dijo John Blackwood con los labios apretados. -¿Cómo sabré cuál es la verdad y cuál la mentira?

El viejo gitano no sonrió, no levantó la cabeza siquiera, se mantuvo en aquella extraña posición en la que parecía imitar a un feto de huesos torcidos mientras el destello de sus ojos se desvanecía en el interior de sus cuencas.

-No lo sabrá... -Respondió Quirón con voz gutural. -Usted nunca sabrá si lo que ve es una mentira o una verdad, no sabrá si es obra suya o mía, no sabrá nunca si lo que ve en el espejo es una realidad o un mero reflejo...

Una ronca risa brotó de los labios secos del gitano resonando en el callejón como si fuera una tormenta. Un poderoso ventarrón se adentró

desde la calle y sacudió la figura de Quirón, desvaneciéndolo como si fuera una pila de ceniza vieja. Aterrado, John Blackwood retrocedió, apretando el espejo contra su pecho, y al girarse hacia los demás gitanos, no encontró cantos, ni festejos, no hubo acrobacias, trucos ni mucho menos alegres carcajadas, sólo encontró una pila de carromatos viejos, maltratados y rotos, como si nadie hubiera habitado en ellos por un largo tiempo. De una sombra brotó una vieja pandereta y sobre una rueda quebrada apareció el gato negro de la adivina más ahora se mostraba sucio, tuerto y con el pellejo pegado a los huesos.

John Blackwood, desconcertado, no dio espera a más y movió sus pies de regreso a su coche, tan rápido y como su fino calzado se lo permitió; antes de entrar soltó una orden en un grito y mientras su temblorosa figura se ocultaba tras la puertezuela, el chofer azuzó a los caballos hasta que la entrada de High Hills Road apareció frente a ellos.

El trayecto, que pareció más largo de regreso que de ida, le dio tiempo a John para tranquilizar sus ideas y controlar sus nervios. Pensó que si bien no cabía duda que aquel más que extraño encuentro con los gitanos había pasado en realidad, aun quedaba cierta posibilidad de que semejante cosa como las visiones del espejo no llegaran a suceder, después de todo, cualquier caballero forjado en las costumbres de aquella época, se rehusaría fervientemente a creer en semejantes fantasías. Pero, mientras caminaba con dubitativa confianza hacia el recibidor de la mansión, no pudo evitar cruzar miradas con su otro yo en el espejo, cayendo en un lapsus hipnótico que lo detuvo muy cerca de las escaleras principales. Ahí, sobre la fría superficie del espejo, la forma de John Blackwood comenzó a ondular, distorsionándolo en una silueta danzante que terminó convirtiéndose en un par de figuras que de a poco se tornaban familiares. Una, era la de Emily Giddens, quien aparecía sentada muy cerca a una ardiente chimenea. La otra, para el asombro de John, resultó ser Joseph Bentinck, heredero de los Bentinck de Wide Castle quienes eran por aquel entonces los mayores inversionistas en el negocio de la minería de oro en América. Un extraño sentimiento de enojo le creció a John Blackwood en el pecho, uno que no lograba explicar del todo, pero ahí estaba, adueñándose de su corazón y su tranquilidad.

Cabe aclarar que John no sentía celos, no le interesaba en lo más mínimo con quién se besuqueaba la señorita Giddens, su atención estaba, y siempre estaría fija, en la millonaria herencia de Emily. No tardó en pensar que el ventajoso Joseph Bentinck buscaba lo mismo que él, quería posicionarse como el joven más acaudalado de la ciudad juntando las ganancias que dejaba la excavación de oro y el monto que acumulaban los barcos pesqueros de la compañía Giddens. Si bien su respiración comenzaba a agitarse a causa del repentino enfado, su raciocinio intervino plantando una duda.

¿Cómo podía estar seguro de que esa primera visión no era la mentira del espejo? Aunque por otro lado, ¿Cómo podía saber si realmente era la verdad?

Tal cuestión comenzó a generarle una intensa jaqueca que le pedía con punzones que retirara sus ojos del espejo, más no pudo, se quedó allí, sentado sobre el primer escalón en el centro de la mansión, observando con odio como la ilusión de Emily Giddens y Joseph Bentinck disfrutaban de un dulce cortejo, y fue así que, optando por no poner en riesgo su futuro financiero, John Blackwood tomó cartas en el asunto.

Ante los inquisitoriales ojos de la sociedad, Joseph Bentinck, aclarado por medio de una carta dirigida a su familia, había escapado junto a una doncella de cabaret con quien buscaba formar un hogar en el extranjero, para así evitar el señalamiento de sus padres. La verdad, lamentablemente, era muy diferente pues el cuerpo del pobre Joseph yacía oculto dentro de un agujero en lo profundo de los terrenos de la propiedad de los Blackwood, con ligeros hilos de veneno chorreándole por la boca. John hubiera querido desatar su furia contra Joseph como lo habría hecho cualquier asesino a sangre fría, pero ya que debía cuidar sus pasos, prefirió implementar medidas más discretas. Un asunto feo en efecto, pero uno que debía llevarse a cabo sin tardanza o al menos eso se repetía John Blackwood cada vez que se veía al espejo, con tanta insistencia que no podía asegurarse si el que hablaba era él o su reflejo.

Los días pasaron y aparentemente todos habían creído la falacia que John creó respecto a la desaparición de Joseph, lo cual, aunque fuera por un par de semanas, le trajo algo de paz a su vida, hasta aquella tarde en la que molestas noticias le alcanzaron.

El altivo John Blackwood se encontraba revisando su atuendo, presto para pasar por la casa de los Giddens y visitar a la linda Emily, cuando, al contemplarse en el espejo, vio como su rostro se retorció con hipnótica ondulación, transformándolo en uno similar aunque con un porte menos opulento. El joven que ahora aparecía en el espejo era el hermano menor de John, Marcus, quien se presentaba sentado frente a un amplio escritorio, con una sonrisa que le daba de oreja a oreja.

John y Marcus nunca fueron muy fraternales, ni siquiera se podía decir que fueron amistosos, para él su hermano sólo representaba un obstáculo más, un estorbo dentro de sus planes a futuro y eso quedó más que confirmado luego de que observara la visión del espejo en su totalidad. En el reflejo, al otro lado de aquel ficticio escritorio, apareció la ancha silueta de un hombre entrado en años, con marcadas entradas y finas arrugas que le bordeaban cada parte del rostro, era Arthur Blackwood, señor de High Hills Road y cabeza de la familia. El viejo caballero, con un gesto tierno y paternal, le extendió algo a su hijo menor mientras le palpaba la

espalda suavemente.

John no pudo contener el rugido de rabia que le generó aquella escena pues reconocía con total seguridad aquello que la ilusión de su padre le daba a la de su hermano, el mismo documento que él había soñado recibir desde que tenía diez años. Era el certificado de propiedad de la fortuna familiar, era la herencia de los Blackwood y según aquello que proyectaba el espejo de Quirón, el elegido para recibirla no iba a ser él, primogénito de Arthur Blackwood, sino su molesto y antipático hermano.

Como le hervía la sangre a John tras ver la pluma de Marcus firmando los documentos de su padre. Fue tal la ira que lo invadió que no le permitió a su mente el considerar si esta era o no la mentira que le ofrecía el espejo. Refunfuñó y gruñó rabioso mientras zapateaba como si fuera un infante, se movió de izquierda a derecha negando con la cabeza y revisando de tanto en tanto si la visión en el espejo seguía siendo la misma. Al cabo de unas horas, un telegrama arribó a la mansión, confirmando que en cuestión de horas, su padre, en compañía de su hermano Marcus, llegaría a High Hills Road luego de un largo viaje por las colonias orientales. Aquello actuó como una especie de confirmación, un mayúsculo "Sí" divino que le ratificaba que aquello que dibujaba el espejo gitano tenía aunque fuera un 50 por ciento de probabilidad de convertirse en realidad.

La visita a la mansión de los Giddens fue de inmediato suspendida. La atención y esfuerzos de John se enfocaron directamente en ejecutar un nuevo plan con el cual asegurarse de que, tal y como pudo haber pasado con Joseph Bentinck, la fortuna que le pronosticaban sus ambiciones no desapareciera.

Marcadas las siete de la noche, John Blackwood recibió con brazos abiertos a sus parientes mientras se esforzaba por lucir lo más calmado posible. Todos se sentaron al comedor para compartir bocados e intercambiar anécdotas, aunque John, en un intervalo de cinco minutos, desviaba la mirada del animoso rostro de su padre, hacia el reflejo en el espejo, en donde vez tras vez se repetía la firma de aquellos valiosos documentos.

Al fin, terminada la comida y con la justificada excusa del agotamiento, Arthur y Marcus se retiraron a descansar en sus aposentos, y cuando la noche alcanzó su punto más frío, John se escabulló cual sombra entre los pasillos de la mansión, hasta alcanzar el cuarto de su hermano.

Cuando el sol se levantó al alba, el grito de horror de una de las mucamas sacudió todo High Hills Road. La carta que John había dejado en el escritorio de Marcus, escrita con la mejor imitación de la letra de su hermano, señalaba un sentir apesadumbrado que no le impidió al joven atar el nudo de la soga que ahora rodeaba su cuello. Midiendo la reacción de los presentes, John supo que su macabra trampa había

funcionado, sin embargo, no consideró un factor secundario, y agravante, dada la avanzada edad de su padre. Arthur Blackwood no soportó el dolor que le generó ver el final de su hijo consentido, tampoco lo hizo su corazón. Un punzante dolor lo obligó a doblarse sobre su vientre y antes de que John lograra reaccionar de alguna manera, su padre colapsó contra el suelo, inerte, callado y frío.

La calamidad dio paso a un opulento funeral y tras el entierro, en el mausoleo de los Blackwood, tuvo lugar la tan ansiada reunión con los abogados de la familia, al fin John Blackwood firmaba aquel ancho documento de papel grueso que lo certificaba como único señor de High Hills Road y de toda la fortuna que eso representaba. Muchas fueron las personalidades de la alta sociedad que pasaron por la mansión para ofrecer sus condolencias, entre las cuales, resaltaba Emily Giddens, quien le solicitó cordialmente a John que le permitiera visitarlo más seguido con el fin de acompañarlo en su dolor. Él no podía estar más contento y sus planes no podían haber tomado mejor rumbo, aun así, disfrazó su rostro con un mohín entristecido y aceptó con entrecortada voz aquella proposición. Todo parecía sonreír a favor del astuto y mal intencionado John Blackwood aunque, a razón de la existencia de una justicia divina, las tornas de la fortuna no tardarían mucho en cambiar de dirección.

Todo empezó como una ligera impresión, a John Blackwood le parecía escuchar susurros y seseos a lo largo de la mansión. Días más tarde, los sonidos comenzaron a esclarecerse adoptando el tono de lo que claramente eran voces. A John comenzaba a hartarle dicha situación, no podía moverse entre los corredores y bajar por las anchas escaleras de madera sin que los oídos le zumbaran con palabras pronunciadas al aire y que no encontraban su origen en ninguna boca. Obviamente, pensó en que se trataba de las habladurías de los empleados de la mansión, pero cuando percibió que el pronunciar de aquellas palabras continuaba aun en la noche, entendió que algo no estaba bien. Comenzó a darle golpecitos a los muros tratando de encontrar algún hueco por el que se pudiera aventurar algún intruso, cuando esto no funcionó, empezó a examinar los planos de su hogar esperando encontrar pasillos secretos, y así continuó John Blackwood, aplicando métodos cada vez más excéntricos para descubrir el origen de unas voces casi inentendibles que sólo él podía oír, hasta que una noche, lanzando un agudo chillido de terror, descubrió quien le hablaba una vez y se vio en el espejo.

Al lado de su reflejo, aparecía el demacrado rostro de su padre, de su hermano y del bonachón de Joseph Bentinck, todos con ojos lechosos, piel grisácea y con largos mechones de cabello mugriento rodándoles por los hombros. Los tres hombres le señalaban con dedos podridos terminados en hueso amarillento mientras que de sus bocas, a la par de las extrañas palabras, brotaba una opaca babaza que se escurría largamente. Arthur, Marcus y Joseph hablaban con tono iracundo, con voz rabiosa y acusadora aunque no con un sentido que John lograra entender, pues todo lo que

aquellas horripilantes apariciones pronunciaban lo hacían en sentido opuesto al común, tal y como el reflejo de un espejo lo haría.

John Blackwood ya no encontraba paz en su amplio hogar, cada esquina era un nuevo susurro y cada espejo era un aterrador encuentro. Forzaba a sus mucamas y mayordomos a que aceptaran ver lo mismo que él veía, pero en honor de la verdad, ninguno fue capaz de aceptar ver el rostro de tres hombres muertos al otro lado del espejo. Poco a poco se corrió la voz de la creciente falta de compostura de John Blackwood al punto que Emily Giddens suspendió sus amables visitas. Muchos de sus empleados, a pesar de los años de servicio, prefirieron renunciar antes de seguir aguantando los disparates del nuevo señor. Al cabo de un mes, John quedó solo en High Hills Road, desconfiando de cada sombra y de cada crujido; las ratas se convirtieron en su compañía y los reflejos en sus enemigos, dejó de pulir la bajilla de plata para que se opacara y se deshizo de todos los espejos que había en la mansión, pero a pesar de sus esfuerzos, cada mañana reaparecía el espejo gitano, colgando con su ornamento intacto como si nunca antes hubieran atentado contra este. EL joven Blackwood intentó e intentó pero nunca logró hacer que el espejo de Quirón desapareciera de su pared.

Tanta presión y tormento hicieron mella en el aspecto del antes agraciado joven, tornándolo en un hombre sombrío, pálido, con el cabello emblanquecido por las canas y los ojos achicados por las pesadas ojeras. Los días se hicieron eternos y las noches le inspiraban tal terror que le pedía a Dios en sus rezos que sostuviera el sol en lo alto del cielo.

Así pasaron las semanas, los meses y los años, golpeando con fuerza el corazón de John Blackwood quien fue sentenciado al olvido. Su nombre se convirtió en mito y su desgracia en fábula. Aun hoy, si se cruza por los caminos de High Hills Road, al anochecer, se puede escuchar los lamentos de locura del atormentado John Blackwood y las condenas pronunciadas en palabras inversas por los reflejos de sus víctimas, fulgurando con horror desde la superficie de un viejo espejo ornamentado.

También se cuenta que, desde algún rincón perdido entre los miles de callejones de la ciudad, resuenan las macabras carcajadas del anciano Quirón quien todavía conserva aquel pedazo de papel sobre el cual había escrito una palabra en tinta transmutada y elegante letra cursiva.

Cordura, el precio por el espejo gitano fue la cordura del ambicioso John Francis Blackwood.